

1965

15 de Febrero

2010

Lo que recuerdo de aquel día

Eran casi las 6 de la mañana de un día que se anunciaba como caluroso. La estación Constitución hervía ya de gente mientras un grupo de unos noventa púberes vestidos de riguroso saco y corbata nos aferrábamos a nuestros padres o a cualquier familiar que nos hubiera acompañado mientras esperábamos las instrucciones que nadie sabía de dónde provendrían. Tiempo después, sabríamos que lo mismo estaba ocurriendo en la estación La Plata con otro grupo de la misma edad que completaba con el anterior un conjunto de ciento veinte niños que comenzaban a asomar a la adolescencia.

En medio del gentío se podía observar la figura longilínea de un joven oficial de Marina que, según quienes conocían los grados militares de la Armada, era un Teniente de Navío, impecablemente vestido con su uniforme blanco que, por su altura, sobresalía claramente entre tanta gente. Alrededor suyo, al parecer otros marinos esperaban conversando animadamente. Nadie tardó mucho en saber que se trataba de cadetes del Liceo Naval que ostentaban jinetas invertidas para el común de la gente.

Con la escasa discreción que caracteriza a los púberes, cada uno miraba al más próximo con un estilo casi radiográfico. Se trataba de jóvenes que, como cada uno de los que miraba, habíamos superado las exigentes pruebas para ingresar al Liceo Naval Militar "Almirante Guillermo Brown". Revisión médica exhaustiva que dejó fuera de carrera al noventa por ciento de los postulantes. Exámenes de cinco materias, a diferencia de todos los demás colegios argentinos (incluyendo los Liceos Militares) que sólo exigían la aprobación de Castellano y Matemáticas. Y un test de inteligencia que, con el correr de los años, muchos hemos caído en la cuenta que no se trataba de evaluar nuestra inteligencia sino nuestra aptitud para un riguroso régimen de estudios en el marco de los primeros pasos de una formación naval.

En estas meditaciones estábamos entretenidos cuando, de pronto, un silbato recorrió los catorce andenes de aquella antigua estación. Aún se escuchaba su reverberación cuando un silencio respetuoso, casi solemne, se impuso entre tanta bulla.

- Los cadetes del Liceo Naval, ¡Acercarse!

Fue la primera orden emitida por un oficial naval que escuché en mi vida. Inmediatamente, vendría la segunda.

- Los cadetes deben despedirse de sus familiares y abordar el tren que se encuentra estacionado en el andén número 10.

Con el desorden propio de los bisoños que emprenden una tarea desconocida fuimos subiendo (la palabra “abordar” todavía no se había incorporado a nuestro léxico) al tren que estaba a punto de partir. No pocos reparamos en el hecho de que no teníamos pasaje o boleto pero las indicaciones habían sido claras: LOS CADETES NO DEBEN SACAR BOLETO.

Como es normal en niños de esa edad con una historia común, breve pero ya una historia común, la conversación entre nosotros no tardó en comenzar. Este viaje con destino a Río Santiago era muy distinto a los anteriores. Ya no íbamos a rendir examen. Ya habíamos demostrado (y así lo había acreditado la Armada) que estábamos en condiciones de incorporarnos como cadetes del Liceo Naval. ¡Qué lejos estaba nuestra fantasía de la realidad que viviríamos en los próximos años...! Pero ese inolvidable momento es un patrimonio que nadie podrá quitarnos. La sensación de triunfo, el orgullo de sentirnos parte de la Armada Argentina y, ¿por qué ocultar un sentimiento que nos invadía en ese momento?: nos sentíamos diferentes...

La subida del contingente platense al tren no cambió la situación. Pero aumentó la temperatura emocional que ya nos colocaba en una posición de privilegio.

Al pasar por la estación “Hospital Naval” retornó a la memoria de muchos la rigurosa revisión médica a la que fuimos sometidos incluyendo algunos métodos auxiliares de diagnóstico que recién varios años después se aplicarían a la población general. Yo recordé a un aspirante cordobés que se ufanaba de tener quince años cuando en su documento constaban trece. Con una gran picardía y gracia nos contó que sus padres lo habían inscripto en el Registro Civil tres años después de su nacimiento. Como he relatado cuando se cumplieron 40 años de nuestro ingreso, tanto su poblado vello pubiano como las dimensiones de su pene que podían competir con las del Gringo Frigerio le valieron la tarjeta roja de los médicos que nos revisaban y desapareció de la competencia sin dejar rastros más que este borroso recuerdo.

La llegada a Río Santiago tuvo consecuencias megalómanas, por lo menos para mí. Digo esto porque el modesto ferry que nos depositaría en nuestro futuro hogar durante los siguientes cinco años me pareció ser un navío de guerra con su velamen desplegado y sus cañones de babor y estribor listos para el combate. Demás está decir que yo me sentí, en ese momento, el Almirante Nelson.

Así las cosas fuimos divisando la silueta del Liceo ya no como un lugar amenazante sino como la casa que nos cobijaría durante toda nuestra adolescencia. El desembarco del ferry no dejó de tener jocosas circunstancias a la hora de poner un pie en el muelle y dejar al mismo tiempo el que estaba apoyado en la borda. Si ninguno cayó al agua fue por la severa vigilancia del joven oficial

vestido de blanco que habíamos visto en Constitución secundado por los cadetes con jinetas invertidas. Poco después se nos haría saber que eran Brigadieres y Sub-brigadieres y que el oficial era, en realidad, el Sr. Teniente de Navío Don Gervasio Méndez Casariego (que quedará para siempre en nuestro recuerdo como “El Flaco Méndez”). Pero hasta el momento y sin que nos diéramos cuenta, cualquier falta que cometiéramos por ignorancia no era tenida en cuenta.

Nuestra primera formación fue en la plaza de armas. En líneas que cada día serían más ordenadas y ayudados por los Brigadieres pudimos lograr nuestra primera formación. En esa formación ya claramente militar, sobresalía la figura de quien resultó ser uno de los más queridos compañeros de la promoción por su personalidad bonachona y solidaria. Pero en ese momento y sin saber nada de él, lo que lo hacía sobresalir era que estaba vestido con camisa de mangas cortas de las cuales y del lado izquierdo sobresalía una elegante férula de yeso colocada por una fractura poco antes de ingresar produciendo un gracioso contraste con el resto de los “cadetorios” vestidos de saco y corbata. Hoy, Guillermo Paternain es un prestigioso médico traumatólogo dedicado a mejorar la calidad de la atención médica contra viento y marea.

El cambio de nuestra vestimenta civil por lo que aprenderíamos a llamar “faenas” y no “fajinas” tuvo circunstancias graciosas de las que todos participamos. Pantalones muy cortos para los más altos y demasiado largos para los más bajos, jaretas colocadas dentro del pantalón, borceguíes mal abrochados. Tal vez lo más ridículo y, por lo tanto, más gracioso, haya sido ver a algunos compañeros luciendo orgullosos la impecable faena blanca y con un ostentoso escudo en el birrete colocado alrevés.

Poco después, éramos distribuidos en 5 divisiones e ingresábamos a nuestras respectivas aulas donde comenzaría, desde el primer día, una formación cuyas influencias tal vez continúen todavía en la actualidad.

En pocos meses más se van a cumplir 45 años desde aquél día de bisoños orgullosos pero torpes, altivos pero con el llanto a flor de piel, ilusionados pero igualmente temerosos. Cuarenta y cinco años que encierran una historia común pero a lo largo de los cuales cada uno fue tomando decisiones que nos llevaron a diferentes actividades, logros y fracasos, alegrías y tristezas.

Cuando Constantino, mejor conocido como el Gato Sifas, envió la lista completa de los que formamos parte de ese grupo de ciento veinte púberes ilusionados, no pude impedir que una sensación de frío me corriera por la espalda. Cuando empecé a ver, junto al nombre de varios compañeros de aquel 15 de Febrero una leyenda que decía “Fallecido”, en un lugar muy profundo de mi ser sentí un gran dolor. Soy consciente por mi formación profesional, que frente a la muerte de un ser querido uno sufre más por la angustia que provoca la certeza de

nuestra propia muerte que por el ser que ha perdido. Pero junto con la tristeza por los compañeros que ya nunca podrán participar de una reunión de la Promoción XIX, sentí la alegría de estar vivo, de poder venir desde el pie de Los Andes a más de mil kilómetros de Buenos Aires, de poder abrazar a cada uno de los que se encuentran presentes, de recordar a los que se encuentran lejos de nuestro país pero cerca de nuestro corazón y sentirlos con toda su presencia como si nunca se hubieran marchado.

A riesgo de parecer repetitivo, quiero expresarles que todos ustedes me ayudaron, quizás sin darse cuenta, en uno de los momentos más difíciles de mi vida, cuando tuve el primer gran fracaso como fue tener que dejar el Liceo por el capricho de un profesor discapacitado según el diagnóstico de Pablo Gallegos. Les repito. Todos y cada uno de ustedes fueron un apoyo muy importante para salir airoso de una situación que amenazaba con aplastarme. Un agradecimiento personal le debo a Eduardo Sosa quien me insistió hasta que lo conseguí para que me reincorporara a las reuniones de la Promoción. A Claudio Ciancio con quien nos descubrimos mutuamente en un partido contra la XVIII en el que ganamos 4 a 0 con dos goles de él y dos míos; hoy somos como hermanos y me brinda todo su afecto alojándome en su casa como si fuera alguien más de la familia. A mi hermano Marcelo Toyos con quien siempre nos unió un lazo muy fuerte, con quien compartimos una profesión y una especialidad común y concepciones similares de la vida, pero que me hizo sentir realmente su hermano al tomarse el trabajo y la molestia de hablar conmigo durante una hora y media por teléfono cuando me separé poco después de la última reunión. A Mauricio Morton que cada 10 mensajes con mujeres en bolas nos envía un adjunto que, por lo menos a mí, me deja pensando durante varios días. A Federico André porque me brinda su amistad y con quien compartimos la pasión por la literatura. A los compañeros que siguieron la carrera naval y supieron honrar el uniforme. Un reconocimiento especial para Carlitos González, en su momento responsable de la seguridad del crucero "Gral. Belgrano" y que debió retirarse de la carrera naval por defender sus firmes convicciones sobre las circunstancias que se vivieron en aquellos días.

No puedo dejar de mencionar en este momento a quien fue mi compañero de travesuras desde que estuvimos en 1º 3ª. Me refiero a Carlos Blanck con quien también compartimos nuestra vocación por el teatro y muchas otras vivencias ya de adultos.

Finalmente y aunque él me pidió que no lo hiciera, quiero expresar un gran sentimiento de gratitud hacia el Gato Sifas que, mediante una tarea ardua y muchas veces silenciosa ha sabido mantener encendida la llama que comenzó a flamear aquel 15 de Febrero que se me ocurre tan lejano pero al mismo tiempo tan cerca de nuestro presente.

Quisiera terminar estas palabras con un agradecimiento muy profundo hacia cada uno de ustedes porque, tal vez sin saberlo, me "bancaron" en un

momento muy difícil de mi vida. Y como dice un viejo refrán napolitano: “Dentro de 100 años estaremos todos calvos...”

Muchas gracias.

Miguel Augusto Bigetti
XIX - 264